

**Gestión Presidencial de Luis Herrera Campíns (1979-1984)**

**Análisis del Programa de Gobierno**

**Centenario 2025**

**Sojmer**

## Introducción

### La "Venezuela Hipotecada" y el Fin de una Era

El crepúsculo de una era y el alba de una segunda oportunidad para el partido Social-Cristiano Copei se manifestaron en la figura de Luis Herrera Campíns. Su mandato, un lustro de claroscuros que se extendió del 12 de marzo de 1979 al 2 de febrero de 1984, selló la última conquista presidencial de su estandarte político en Venezuela. Llegó al poder como el relevo inevitable de un tiempo en el que el oro negro fluía sin contención, un periodo de bonanza y desenfreno fiscal heredado de su predecesor, Carlos Andrés Pérez.

Luis Herrera Campíns abogado, periodista y político venezolano. Fundador de COPEI, en 1946 se convierte en su Primer Secretario Juvenil Nacional. Preso en 1949 y es Puesto en libertad, participó en la huelga universitaria de 1952, a raíz de la cual a los 27 años, debió salir al destierro. Es postulado por COPEI a la presidencia de la República para las elecciones de 1978, en las que resulta vencedor, desempeñando como jefe de Estado para el período 1979-1984.

Una victoria entre trazos de luz plasmada en las urnas de 1978, la voluntad del pueblo se decantó por su nombre. Herrera Campíns, con un total de 1.133.059 votos, tejió una victoria que disipó la sombra de su oponente, el adeco Luis Piñerúa Ordaz. Este triunfo, más que una simple cifra, fue el eco de un sistema democrático que, como un péndulo constante, reafirmaba su vigor y alternabilidad, prometiendo un nuevo capítulo en la historia política del país.

El lema de campaña de Luis Herrera Campíns, "¡Basta!", no fue un mero grito político, sino el eco sonoro del hartazgo ciudadano. Era una sentencia concisa y lapidaria contra el desenfreno del despilfarro y la sombra de la corrupción que se cernían sobre el gobierno saliente. Esta consigna alcanzó su punto culminante y más dramático en el discurso inaugural, cuando, ante el solemne Congreso, el presidente electo desveló el rostro desencajado de la nación. Con palabras que resonarían como campanadas fúnebres, declaró recibir una "economía desajustada" con síntomas febriles de desequilibrio y la amenaza fantasmal de la inflación y la especulación.

Sin embargo, fue una frase la que se grabó en la memoria colectiva como un epitafio económico: "Recibo una Venezuela hipotecada". Esta afirmación no era un simple eslogan, sino un diagnóstico certero y fulminante. La administración anterior, en su vorágine de gasto, había

tejido una telaraña de deuda con la banca internacional, una carga pesada que la bonanza petrolera no logró mitigar. Así, la "Venezuela hipotecada" se convirtió, con una ironía cruel, en el presagio de un futuro sombrío. El peso de esa herencia, sumado al inesperado desplome de los precios del petróleo, se erigió como el catalizador de la catástrofe que desembocaría en el doloroso Viernes Negro. Herrera, el mensajero de la dura verdad, se convirtió en el rostro visible de una rendición de cuentas económica que nadie pudo evitar.

### **El Filósofo en el Poder: Un Demócrata-Cristiano**

Luis Herrera Campíns se elevó sobre el crisol político con una visión de servicio, no de privilegio. Para él, el poder era un fuego sagrado, una responsabilidad transitoria que exigía "dignidad y decencia". Este ideal lo distinguía de otros líderes más dados a la pompa y el culto a la personalidad. Se le describía como un hombre de humildad serena, reflexivo y de una honestidad cristalina, un contraste que lo situaba más cerca del resultado palpable que de la promesa vana.

En su filosofía, Herrera trazó una línea divisoria entre las "libertades formales", meros adornos jurídicos, y la "libertad real y esencial", la que solo se alcanza a través de la participación social y el compromiso con el Bien Común. Coherente con esta visión, tendió una mano conciliadora a los grupos guerrilleros, suspendiendo procesos judiciales y retirando acusaciones contra líderes como Douglas Bravo. Este acto de pacificación buscaba sanar las heridas de la nación. No obstante, esa misma visión se vio dramáticamente empañada en 1982 por la Mancha de Cantaura.

En la Masacre de Cantaura, la retórica de paz de Herrera chocó con la brutalidad de su propio aparato de seguridad. En una operación militar, 23 guerrilleros del Frente Américo Silva cayeron; algunos, según los reportes, con "tiros de gracia". La indignación pública se encendió cuando sus cuerpos fueron arrojados a una fosa común. Este evento no solo desafió su política de pacificación, sino que también abrió una herida profunda en la confianza del pueblo hacia el Estado. El legado de un hombre que se presentó como guardián de los derechos humanos quedó irrevocablemente manchado, demostrando que, a veces, la brecha entre la palabra y el hecho es un abismo insondable.

Un Manto de Desafíos en el Amanecer Económico. La política económica de Luis Herrera Campíns se encontró, desde el primer aliento de su mandato, en un campo minado de desafíos. Su ascenso al poder fue el de un general sin la mayoría de su ejército: Copei, su partido, se veía maniatado por una minoría parlamentaria, una cadena de hierro que le ató las manos en el Senado y lo relegó a ser la segunda fuerza en la Cámara de Diputados. Esta desventaja estratégica se convirtió en un obstáculo insalvable para la implementación de cualquier medida impopular, por necesaria que fuera.

La Sombra de una Deuda Monumental. Herrera no solo heredó un gobierno, sino también la sombra colosal de una deuda pública, un peso de titanes cuyas cifras bailaban entre la estimación y la realidad. Mientras una fuente la cifraba en 120.160 millones de bolívares, el Banco Central de Venezuela la elevaba a 173.234 millones. Este laberinto de cifras era la herencia envenenada de su predecesor, un problema que, lejos de sanar, se agravó en su propio mandato, creciendo un 34%. Este aumento, más que un simple dato, era el reflejo pálido de un gasto público incontenible, un río desbordado que avanzaba implacablemente hacia el inminente colapso del Viernes Negro.

En su afán por "enfriar" la economía, Luis Herrera Campíns se vio obligado a tomar una decisión audaz: designar a Leopoldo Díaz Bruzual al frente del Banco Central. Sin embargo, este intento de ajuste inicial, lejos de ser unánime, se encontró con una resistencia férrea tanto de la oposición como del empresariado y la sociedad civil. Como un velero sin viento, el gobierno tuvo que abandonar la travesía y dejar la economía a su suerte.

La Tormenta Perfecta del Viernes Negro. Esta inacción, como una chispa en un polvorín, encendió la mecha que culminaría en el hito económico más oscuro del siglo XX venezolano: el Viernes Negro. La abrupta devaluación del bolívar el 18 de febrero de 1983 fue la culminación de una "tormenta perfecta" de factores económicos. La caída en picada de los precios internacionales del petróleo se unió a la fatal fecha de vencimiento de una deuda externa de 9.000 millones de dólares, lo que provocó una estampida de capitales que vació las arcas del banco central.

En un acto de desesperación, el gobierno impuso un control de cambio conocido como RECADI y devaluó de facto el bolívar. La tasa oficial de Bs. 4,30 por dólar, una constante de

décadas, se desmoronó como un castillo de naipes, cayendo a un rango de 12 a 15 bolívares por dólar en el mercado libre.

El impacto fue tan devastador como un terremoto. La devaluación, la primera en más de veinte años, marcó el inicio de un largo invierno económico para la nación. El poder adquisitivo de las clases medias y marginales se desintegró ante sus ojos, y el Producto Interno Bruto (PIB) sufrió la mayor caída de su historia constitucional, con un descenso del -6,16%. La crisis del Viernes Negro no fue, sin embargo, un simple error de un solo hombre. Fue el punto de quiebre de un modelo económico viciado y obsoleto, la culminación de años de inacción y ajustes pospuestos. Herrera, en un giro del destino tan cruel como irónico, se vio obligado a afrontar la inevitable caída, lo que lo convirtió en el rostro público de un fracaso cuyas raíces eran más profundas que su propio mandato.

A pesar de que el fantasma de la crisis económica persigue su memoria, el gobierno de Luis Herrera Campíns se alza en la historia como un constructor de sueños tangibles. Su legado se teje en el vasto tapiz del desarrollo cultural, social y de infraestructura, lo que le valió el sobrenombre de "El Presidente Cultural". Bajo su mandato, las artes y la educación encontraron un fértil jardín donde florecer, una iniciativa que contrasta con la sombra de su gestión fiscal.

La Dualidad de la Obra Pública. La gestión de Herrera Campíns fue un espejo de contradicciones. Mientras su discurso clamaba por austeridad y prudencia, su administración impulsó la culminación de proyectos de infraestructura de gran envergadura, muchos de los cuales eran huellas del pasado. La finalización del Teatro Teresa Carreño, una joya arquitectónica y la primera fase del Metro de Caracas, el latido subterráneo de la capital, se alzaron como monumentos a su visión. Este aparente desafío a su propia retórica no fue casual, sino una estrategia deliberada para dejar un legado de resultados, una huella imborrable en el cemento y en la historia de la nación.

Entre las creaciones más emblemáticas de su mandato se erigen obras que desafían al tiempo. El Teatro Teresa Carreño se alzó como una catedral de la cultura, un complejo que se convertiría en el más grande de Venezuela y el segundo de América del Sur. El Metro de Caracas, el latido subterráneo de la ciudad, inauguró su primera fase solo mes y medio antes de que el país se sumergiera en la oscuridad del Viernes Negro. Otros proyectos, como el complejo

de Parque Central y los estadios de Brígido Iriarte y Parque Naciones Unidas, se sumaron a la arquitectura del progreso. La expansión de las telecomunicaciones y la construcción de viviendas de interés social completaron la telaraña de su legado.

En el ámbito social, su gobierno sembró semillas de un futuro más justo. La reforma del Código Civil en 1982 derribó barreras, proclamando la igualdad de género como un derecho inalienable. Se estableció la educación básica obligatoria de 9 años y se impulsó la enseñanza de la historia regional y la educación bilingüe en comunidades indígenas, una iniciativa que Herrera consideraba de "prioridad absoluta". Un proyecto singular, el Ministerio de Estado para el Desarrollo de la Inteligencia, con Luis Alberto Machado a la cabeza, buscaba cultivar la mente de la nación.

La inversión faraónica en infraestructura cultural y social, en un momento en que el precipicio económico se asomaba, revela la dualidad de su gestión. Herrera no pudo, o no quiso, romper con la inercia del derroche petrolero. En cambio, buscó justificar estos gastos como una forma de nutrir el "espíritu" y la "inteligencia" del venezolano. Así, dejó un legado invaluable que, paradójicamente, exacerbó la insostenibilidad de una economía ya moribunda. Un legado de luces y sombras, de prosperidad y ruina, un testimonio de una era donde el arte y la crisis bailaron juntos.

Un Grito de Soberanía en la Arena Global . La política exterior de Luis Herrera Campíns se forjó en la búsqueda de una voz propia y asertiva para Venezuela en el tablero de ajedrez mundial, un escenario tenso y volátil marcado por la Guerra Fría. Uno de sus gestos más contundentes fue el abrazo diplomático a Argentina durante la Guerra de las Malvinas en 1982.

Un Eco en el Sur: La Causa de las Malvinas. La postura del gobierno venezolano fue una muralla de firmeza contra la intervención británica. No solo ofreció apoyo, sino que consideró romper lazos y reevaluar la compra de equipos militares a los países europeos que se alinearon con Gran Bretaña. Este respaldo no fue un simple acto de solidaridad, sino una declaración de principios sobre la defensa de la soberanía y la autodeterminación de los pueblos. Venezuela, con su propio reclamo histórico sobre el Esequibo, se sintió reflejada en la causa argentina, proyectando su propia agenda nacional en el escenario internacional.

El Veto y la Apertura Petrolera. En su afán de trazar un nuevo rol geopolítico, Herrera Campíns intentó que Venezuela se uniera al Movimiento de Países No Alineados. Sin embargo, la sombra de Guyana se interpuso en el camino, vetando la iniciativa y evidenciando las heridas territoriales aún abiertas en la región. A pesar de este revés, el gobierno logró un hito monumental en el ámbito petrolero. En 1982, PDVSA firmó un acuerdo con la petrolera alemana VEBA, dando origen a la empresa mixta Ruhr Oel GmbH. Este evento es considerado el primer paso de la "internacionalización" de Petróleos de Venezuela, un movimiento estratégico que marcaría la expansión de su imperio energético más allá de sus fronteras.

La presidencia de Luis Herrera Campíns fue un periodo de profundas contradicciones, una encrucijada de aciertos y errores. Por un lado, se erigió como un faro de la democracia venezolana, consolidando la alternancia electoral como un sello de vitalidad. Su legado en infraestructura y desarrollo social es innegable y tangible, con obras que hoy son hitos de la modernidad, como el Metro de Caracas y el Teatro Teresa Carreño. Su política exterior, un canto a la soberanía, se manifestó en el apoyo a Argentina durante las Malvinas y en la internacionalización de la industria petrolera, abriendo nuevos horizontes económicos.

La Sombra de una Tormenta Perfecta, sus logros quedaron sepultados bajo la sombra de la crisis económica más profunda que el país había enfrentado hasta ese momento. La devaluación del "Viernes Negro" de 1983 se convirtió en la marca indeleble de su gestión, a pesar de que la tormenta tenía raíces mucho más profundas que se remontaban a la administración anterior. Su gobierno también fue salpicado por el lodo de escándalos de corrupción, como el caso del Sierra Nevada, que erosionaron la confianza pública en las instituciones. Además, la disonancia entre su visión humanista y la brutal represión en la Masacre de Cantaura abrió una herida fundamental en su liderazgo, revelando una brecha entre la retórica y la acción.

En retrospectiva, la presidencia de Luis Herrera Campíns marca el crepúsculo de la "edad de oro" del rentismo petrolero y el sombrío amanecer de un periodo de recesión estructural. Su figura, la de un líder de principios y vocación de servicio, se convirtió en el "chivo expiatorio" de un ajuste de cuentas económico inevitable. Su presidencia es un caso de estudio sobre cómo el liderazgo puede chocar de frente con las fuerzas del mercado y las dinámicas de una sociedad acostumbrada a la bonanza, demostrando que, a pesar de la honestidad y la buena voluntad, un solo hombre no puede detener una tormenta perfecta.

## Conclusión

### **Balance de una Presidencia y el Legado de una Tormenta Perfecta**

La presidencia de Luis Herrera Campíns fue un período de profundas contradicciones. Por un lado, demostró la vitalidad del sistema democrático venezolano al consolidar la alternancia electoral. Su legado en infraestructura y desarrollo social es innegable, con obras como el Metro de Caracas, el Teatro Teresa Carreño y reformas significativas en materia de educación y equidad de género. Su política exterior fue asertiva, basada en principios de soberanía que se manifestaron en el apoyo a Argentina y en la internacionalización de la industria petrolera.

Sin embargo, sus aciertos quedaron opacados por la crisis económica más profunda que el país había enfrentado hasta entonces. La devaluación del "Viernes Negro" de 1983 y el subsecuente colapso económico se convirtieron en la marca indeleble de su gestión, a pesar de que la crisis tenía raíces mucho más profundas que se remontaban a la administración anterior. El gobierno de Herrera también estuvo marcado por escándalos de corrupción como el caso Sierra Nevada y el Banco de los Trabajadores, aunque no directamente vinculados a su persona, que socavaron la confianza pública en las instituciones. Finalmente, la disonancia entre su visión humanista y la represión estatal en la Masacre de Cantaura fue una brecha fundamental en su liderazgo.

En retrospectiva, la presidencia de Luis Herrera Campíns marca el fin de la "edad de oro" del rentismo petrolero y el inicio de un período de recesión estructural y declive. Su figura, un líder de principios y vocación de servicio, se convirtió en el "chivo expiatorio" de un ajuste de cuentas económico inevitable. Su presidencia es un caso de estudio sobre cómo el liderazgo y la visión de un gobernante pueden chocar de frente con las fuerzas del mercado y las dinámicas políticas de una sociedad acostumbrada a la bonanza, demostrando que, a pesar de la honestidad y la buena voluntad, un solo hombre no puede detener una tormenta perfecta.

Los resultados de la gestión de Herrera Campíns fueron agridulces. En el frente social y cultural, su legado es notable. La inversión en infraestructura, como el Metro de Caracas y el Complejo Teresa Carreño, demostró una visión de largo plazo para el desarrollo urbano y cultural. Estos proyectos, aunque iniciados en gestiones anteriores, se consolidaron y se inauguraron durante su mandato, dejando una huella tangible en la vida de los ciudadanos.

Sin embargo, en el ámbito económico, los resultados fueron mucho más complejos y, en gran medida, negativos. A pesar de los esfuerzos por controlar el gasto y diversificar la economía, la crisis económica global y la caída de los precios del petróleo golpearon duramente a Venezuela. ". Ante el colapso de las reservas internacionales y la incapacidad de la nación para honrar su deuda externa, el gobierno se vio forzado a devaluar el bolívar, poniendo fin a décadas de estabilidad cambiaria. Este evento marcó el inicio de una era de incertidumbre económica, inflación y deterioro del poder adquisitivo, afectando profundamente el tejido social del país. La devaluación masiva, junto con un control de cambio conocido como Régimen de Cambio Diferencial (RECADI), desencadenó un periodo de turbulencia económica que la gestión no pudo revertir, y que, en retrospectiva, significó el inicio de la crisis estructural que Venezuela ha enfrentado hasta el día de hoy.

En conclusión, la presidencia de Luis Herrera Campíns se caracterizó por un programa de gobierno que buscaba la rectitud, el control y la diversificación, pero sus planteamientos se vieron superados por la realidad económica global. Si bien su gestión dejó logros importantes en el campo cultural y de infraestructura, la crisis del "Viernes Negro" se erige como el hito más definitorio y la prueba más clara de que su administración no logró contener las fuerzas económicas que la empujaron al abismo.

Herrera Campíns fue un firme defensor de la democracia y las libertades. Creía que la democracia era la única forma de gobierno que podía garantizar la plena participación ciudadana y el respeto a los derechos humanos. Su discurso se enfocó en la justicia social y la necesidad de una democracia que fuera más allá de lo puramente electoral para resolver los problemas del pueblo. En su mandato.

En cuanto a la libertad: Tomó medidas para fortalecer las libertades, como la suspensión de los juicios contra varios presos políticos y la reforma del Código Civil y la Ley de Educación.

Desarrollo: Su visión de desarrollo era integral, y por eso se le conoció como el "Presidente Cultural". Impulsó obras de gran envergadura y apoyó significativamente el sector cultural.

La gestión de Herrera Campíns tuvo resultados mixtos. Por un lado, se consolidaron importantes avances en infraestructura y cultura, pero por otro, el país se sumió en una profunda crisis económica.

Después de entregar la presidencia de Venezuela, Herrera Campíns fue senador vitalicio hasta 1999. Posteriormente se alejó de la vida política y murió el 9 de noviembre de 2007 a los 82 años.

## **Referencias Bibliográficas**

100 años Luis Herrera Campins.

LuisHerrera Campins: Home

LuisHerreraCampins.com/obras.

Luis Herrera Campíns - Wikipedia, la enciclopedia libre